

Cosío Villegas y la Universidad

Gabriel Zaid es uno de los mayores poetas mexicanos de hoy: Cuestionario reúne esa obra. Como crítico: *La máquina de Cantar, Cómo leer en Bicicleta, El Progreso Improductivo, La feria del progreso*. Acaba de compilar y prologar una obra antológica de uno de los grandes promotores de cultura en México: Daniel Cosío Villegas. Esta y otros discípulos de José Vasconcelos lo acompañaron del Rectorado de la Universidad a la secretaría de Educación. Alguna vez (1923 ó 24), Cosío le dijo a su compañero Andrés Henestrosa (el autor de *La Madre*, superior a Gorki): ¿Sabes quién va a ser el próximo Presidente de México? Vasconcelos. Me dijo que Obregón habló con él para dejarlo como sucesor. Y ¿sabes quién va a seguir después? Cosío Villegas. Me dijo que, al terminar su Presidencia, me la deja (XII). No sucedió así. Todavía los civiles no se accedían a la Presidencia. Faltarían Calles, Cárdenas. El Fondo de Cultura Económica es la obra capital de Cosío Villegas, y edita este libro compuesto por Zaid, de este mismo año, titulado: *Daniel Cosío Villegas, Imprenta y Vida Pública*. En las *Memorias de Iniciación Editorial* aquí incluidas, narra don Daniel cómo propuso ante el Consejo de Administración de Espasa-Calpe, en Madrid, un plan de publicaciones económicas. Se valió del embajador Genaro Estrada, de Alvarez del Vayo, de Diez Canedo, de Fernando de los Ríos, pero don José Ortega y Gasset, consejero mayor de la editorial, dijo que el día en que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de lengua española, se volvería una cena de negros". Si bien Ortega se equivocó porque debía haber dicho "cena de indios", prevaleció su opinión (p. 173). Esto impulsó a Cosío a regresar a México y buscar allí apoyo de la empresa privada para la creación del fondo. Todos los problemas del libro: como mercancía, la significación de la librería, el mercado, la lucha entre España y América en la industria editorial, son revisados, aparte de los problemas de libertad de prensa del sistema político mexicano, de la revolución y del intelectual mexicano frente a la política son tratados por un ensayista de verdad, que a la vez fue y

sigue siendo —hasta que el Fondo existía— un maestro de la cultura continental.

Cosío Villegas acompañó, con Henríquez Ureña, a Vasconcelos, a formar bibliotecas en los pueblos. Cree que muchos más que de una campaña de alfabetización el país puede esperar mejores frutos de una ampliación tan grande como se pueda de su acción educativa escolar. Por esa vía aumentarán los lectores, y no los de un día, que aprenden hoy para olvidar mañana sino los de toda la vida. Recuerda que, en época de Franco, las biografías de Miranda, Bolívar, San Martín, Sarmiento, fueron prohibidas, sin duda porque atacaban a uno de los colaboradores del régimen, a saber, Fernando VII (p. 39).

Declara: Soy hijo de la Universidad y le serví durante 25 años continuos sin recompensa especial ninguna; pero me separé de ella hace 10, y no aspiro a volver; soy, pues, un hijo emancipado; la quiero, más puedo juzgarla a distancia (46). Intercala que las verdaderas condiciones del éxito del periodismo industrial son exactamente las mismas que para la industria del calzado o la vidriera: mano de obra barata, materia prima y energías abundantes, servicios públicos (como el de comunicaciones) eficaces y un nivel de prosperidad que haga de todo hombre y de toda mujer un comprador (63). Los poderes legislativos y judicial han dejado de ser freno del Ejecutivo. El gobierno tiene mil modos de sujetar y aún destruir a la prensa: restricción de importación de papel por escasez de divisas, elevación de derechos de importación al papel o maquinaria, etc. (65). No puede hacerse ninguna política frente al gobierno o en oposición a él: esfuerzo estéril. Ningún intelectual ha deseado ser mártir o predicador en el desierto, salvo Manuel Gómez Marín, unificador del Partido Acción Nacional, en donde estuvo por 10 años.

Sobre la Universidad escribe: Como muchos actos de los gobiernos mexicanos, el de concederle autonomía a la Universidad Nacional no correspondió ni remotamente a un estudio, a una convicción o siquiera a la corazonada de que beneficiaría a la Universidad y al país. No sólo eso sino que puede afirmarse que los subsecuentes gobernantes le han tenido y le tienen un miedo

tan grande a la Universidad, que no sólo han respetado su autonomía jurídica o teórica, sino la de hecho, proporcionándole para ello muy buenas sumas de dinero. Esta autonomía jurídica, económica y política, ha sido consolidada por los 36 años de su existencia, de modo que puede calificársela, además de firme, total.

Un hecho así de insólito no podía dejar de producir numerosas consecuencias, alguna benéfica y desventurada la mayoría. Aquí, sin embargo, no interesa señalar sino una: la Universidad Nacional de México se ha convertido, por una parte, en el único islote que se ha escapado a la sumisión política del gobierno federal, o más precisamente, del Presidente de la República; al mismo tiempo, la Universidad Nacional es una tierra de nadie, políticamente hablando, de modo que cada quien trata de usarla en su propio beneficio... La U.N. es, pues, la única entidad aparte del gobierno, independiente del gobierno y que incluso puede ponerse frente al gobierno. De allí que sea también la única tronera desde la cual puede dispararse impunemente contra el gobierno. Así, sin buscarlo ni quererlo, la U.N. ha acabado por desempeñar la función necesaria y nobilísima de permitir a un grupo de hombres pensar y expresarse con independencia del gobierno, hecho que por desgracia no garantiza que tal pensamiento y semejante expresión sean inteligentes, justos y desinteresados. Por la misma razón antes indicada, la Universidad, sin buscarlo ni entenderlo siquiera, se ha convertido en una tierra política de nadie en la que todos meten la mano. Por ambas circunstancias, la Universidad no ha logrado ser hasta ahora una Casa de Estudios; es, en cambio, una olla política de grillos. Alguien, sin embargo, se resolverá a contrariar esta corriente que beneficiará, primero que a nadie, a los universitarios mismos, después a la Universidad, y por último a la nación". (85-86).

Nunca aspiré condecoraciones, menos a alguno de nobleza, sólo la "nobleza obliga. Pero creo que el curador de esta página me podrá llamar hoy el "Marqués de Comillas". Habrá, sí, gañado el lector.